

¿DEBEN RESISTIR LOS MONUMENTOS?

SHOULD MONUMENTS RESIST?

Palabras clave

Resistencia
Monumentos
Historia
Protestas
Debate

Keywords

Resistance
Monuments
History
Protests
Debate

El estallido social de octubre de 2019 definió un nuevo rol para los monumentos en Chile. Durante las manifestaciones no sólo se echaron abajo estatuas que homenajeaban a conquistadores españoles – a saber, aquellos que construyeron un país en desmedro de los pueblos originarios –, sino que también se pusieron en duda los sustentos históricos, por ende, contruidos, de la denominación patrimonial de algunos edificios. Incluso el monumento a Baquedano, ubicado al centro de la rotonda del mismo nombre, en el punto neurálgico de las manifestaciones en Santiago, fue completamente cubierto con nuevos significados durante las protestas.

The social outbreak of October 2019 defined a new role for monuments in Chile. During the demonstrations, not only the statues that paid tribute to Spanish conquistadors – namely, those who built a country to the detriment of the native peoples – were torn down, but the historical (therefore constructed) backing of certain buildings' patrimonial status was also questioned. Even the Baquedano monument, located in the middle of a roundabout of the same name, at the focal center of the demonstrations in Santiago, was completely covered with new meanings during the protests.



A fines de mayo de 2020, la muerte del ciudadano afroamericano George Floyd – a manos de la policía de la ciudad de Minneapolis en EE.UU. – reactivó el movimiento *Black Lives Matter* (las vidas negras importan) que resiste el racismo en contra de las personas afroamericanas. En el contexto de ese movimiento, una serie de estatuas que homenajearan a esclavistas fueron atacadas, generando un sorprendente paralelo (a meses de distancia) entre lo que ocurrió en Chile y en distintas partes del mundo.

Considerando ambos eventos, en el debate de este número de ARQ preguntamos: ¿deben resistir los monumentos en su lugar? ¿O es preferible retirarlos del espacio público para protegerlos? ¿Qué pasa si su significado cambia? ¿Se siguen considerando monumentos? ¿Qué es lo que resiste de ellos? A fin de cuentas, si los monumentos materializan el cruce entre historia, arquitectura y ciudad ¿qué resiste más, el significado o el material de los monumentos?

In late May 2020, the death of African American citizen George Floyd – at the hands of the Minneapolis police, in the US – reactivated the Black Lives Matter movement, which resists and opposes racism against African American people. In the context of this movement, a series of statues that paid tribute to slave-traders and owners were attacked, generating a surprising parallel (just months away), between what happened in Chile and in other parts of the world.

Considering both events, in the debate on this issue of ARQ we asked: should monuments resist in place? Or is it preferable to protect them by removing them from the public space? What happens if their meaning changes? Are they still considered monuments? What is it that resists in them? After all, if monuments materialize the intersection between history, architecture, and the city, what can resist the most, their meaning or their material?



FIG. 1 La estatua de Edward Colston cae en Bristol, Inglaterra, el 7 de junio de 2020. *Edward Colston Statue falls in Bristol, England, on June 7, 2020.*
© Ben Birchall, PA Wire/PA Image

FIG. 2 Estatua del General Baquedano después de las protestas del estallido social iniciadas el 18 de octubre de 2019, Santiago de Chile. *The General Baquedano Statue after the protests of the social outbreak, which started on October 18, 2019, Santiago, Chile.*
© Francisco Díaz, 23 de febrero de 2020 / February 23, 2020

Monumentos caídos: notas sobre nuestra actual estatuofobia

Sinking Monuments: Notes on our Current Statuophobia

VALENTINA ROZAS-KRAUSE

Becaria postdoctoral y profesora adjunta, University of Michigan, Ann Arbor, Estados Unidos

En 1936, Robert Musil escribió: «no hay nada más invisible que un monumento». Ahora nada parecería más lejano a la verdad. En Bristol, manifestantes recientemente arrojaron una estatua del traficante de esclavos Edward Colston al puerto; en Amberes, activistas están desfigurando bronzes del rey Leopoldo II; en Estados Unidos, ciudadanos están derrocando monumentos confederados y en todo el mundo caen estatuas de Cristóbal Colón. Las estatuas derribadas, hundidas, desfiguradas, destrozadas y decapitadas de los últimos meses hablan del resurgimiento de rabia y descontento contra los monumentos – confederados, federales, patriarcales, coloniales, racistas, blancos –, recordatorios espaciales de la desigualdad estructural y representacional de nuestras ciudades. Las recientes protestas contra el racismo en Estados Unidos y en todo el mundo revelan una afinidad especial entre las protestas sociales y los monumentos; entre ciudadanos que ocupan las calles para exigir justicia y los bronzes muertos que se interponen en su camino. Lo mismo puede decirse sobre la agitación social iniciada por un alza de la tarifa del transporte público en Chile el 18 de octubre de 2019. Durante meses de protestas masivas por igualdad, justicia y redistribución, los manifestantes chilenos derribaron, decapitaron y destrozaron monumentos que honraban a colonizadores españoles y a héroes de guerra republicanos que buscaban erradicar a los pueblos nativos.

Nuestra estatuofobia actual es diferente al movimiento contramonumentos del siglo xx reflejado en las palabras de Musil, así como el desdén contra los monumentos del siglo XIX. Si bien la falta de función de los monumentos molestó a los modernistas, el creciente número de nuevos monumentos no regulados preocupaba a los urbanistas un siglo antes. Hoy lidiamos con un malestar distinto: nuestros monumentos ya no reflejan quienes somos. El problema es doble. Por un lado, las ciudades no han logrado construir monumentos que representen valores actuales o, más bien, aspiracionales: monumentos a las vidas negras, a las mujeres, a la comunidad LGBTQ+, a las minorías, a las personas de color, a los inmigrantes, a los discapacitados y a ciudadanas comunes. Por otra parte, han sido reacias a eliminar monumentos ofensivos, racistas y coloniales del pasado. En Berlín, por ejemplo, activistas negros y afroalemanes junto a sus aliados han luchado durante más de una década para eliminar los nombres de calles coloniales y racistas del centro de la ciudad y construir un monumento a las víctimas del colonialismo alemán. Del mismo modo, pasaron 23 años después del regreso a la democracia para que se renombrara una vía central en Santiago de Chile que honra el 11 de septiembre, fecha del golpe militar. La mayoría de los monumentos derrocados en los últimos meses fueron retirados por activistas y manifestantes. Una de las únicas excepciones es la estatua de Colón en San Francisco,

In 1936, Robert Musil famously wrote: “there is nothing more invisible than a monument.” Nothing seems further from the truth right now. In Bristol, protesters recently tossed a statue of slave trader Edward Colston into the harbor; in Antwerp, activists are defacing bronzes of King Leopold II; in the United States, citizens are toppling Confederate monuments; and across the world statues of Christopher Columbus are falling. The toppled, sunken, defaced, vandalized and beheaded statues of these past months speak to the reemergence of rage and discontent against monuments – Confederate, federal, patriarchal, colonial, racist, white –, spatial reminders of structural and representational inequality. The recent protests against racism in the United States and across the world reveal a special affinity between monuments and social protests; between citizens occupying the streets to demand justice and the dead bronzes standing in their way. The same can be said about the social upheaval that started in response to a public transportation fare hike in Chile on October 18, 2019. During months of massive protests for equality, justice and redistribution, Chilean demonstrators toppled, beheaded and vandalized monuments honoring Spanish colonizers and Republican war heroes who sought to eradicate native peoples.

Our current statuophobia is different from that of the 20th century counter-monument movement reflected in Musil’s words, as well as the 19th century monument disdain. While monuments’ lack of function upset modernists, the growing number of new unregulated monuments troubled city planners a century before. Today we are grappling with a different kind of monument malaise: our monuments no longer reflect who we are. The problem is twofold. For the one part, cities have largely failed to build monuments to represent current – or rather – aspirational values: monuments to black lives, to women, to the LGBTQ+ community, to minorities, to people of color, to immigrants, to the disabled, and to ordinary citizens. For the other part, cities have been reluctant to remove offensive, racist and colonial monuments of the past. In Berlin, for example, Black and Afro-German activists and their allies have been struggling for over a decade to remove colonial and racist street-names from the city center and to build a memorial to the victims of German colonialism. Similarly, it took 23 years after the return to democracy, for a central thoroughway in Santiago de Chile honoring September 11, the date of the military coup, to be renamed. Most of the monuments that have been toppled in the past few weeks, were removed by

que la ciudad retiró preventivamente como una forma de preservación. Si bien las acciones de los manifestantes pueden parecer violentas, son una respuesta a décadas de racismo e indiferencia – velados y abiertos – combinados para perpetuar el *statu quo* monumental. En otras palabras, sin protestas, gran parte de las estatuas de Robert E. Lee, Leopoldo II y Colón permanecerían intactas en el mundo, protegidas por un velo de invisibilidad selectiva.

En respuesta a nuestra estatuofobia actual, la mayoría de los partidarios de los monumentos afirman que eliminarlos es equivalente a eliminar la historia. Este argumento ampliamente repetido no sólo confunde la historia con su representación, sino que asume que todos los monumentos fueron erigidos con el propósito de preservar la memoria de un hecho, evento o figura del pasado. Ambas suposiciones son falsas. Si bien los monumentos pueden contar historias, no son versiones en piedra y bronce de libros de historia con revisión de pares. Por el contrario, son el resultado de procesos de selección e invisibilización fuertemente orientados a sostener narrativas dominantes. Cada estatua es producto de un medio cultural y político específico que decidió elevar una cierta versión del pasado sobre muchas otras. La proliferación de monumentos confederados erigidos después del final de la Guerra Civil estadounidense para difundir la falsa narrativa de la ‘causa perdida’, ilustra este punto. Estas estatuas confederadas no son monumentos históricos, sino representaciones intencionalmente ahistóricas del pasado. La historia en general no está en peligro, lo que ha sido amenazado por la reciente remoción de monumentos es una cierta versión del pasado, una que justificó el colonialismo, el genocidio, la esclavitud y la injusticia en nombre del ‘progreso y la ilustración’.

Cuando las ciudades de todo el mundo se enfrentan a la interrogante de cómo lidiar con los escombros de las protestas en curso contra el racismo y la brutalidad policial, me gustaría concluir con una imagen (FIG. 1): la fotografía del monumento de Edward Colston arrojado al río Avon, que luego fue ubicado por el ingenioso algoritmo de Google Maps en medio del puerto de Bristol. Colston, como otras estatuas similares, fue rescatado del fondo del río y almacenado en un lugar reservado. Los museos han sido nuestro lugar preferido para ubicar los objetos obsoletos del pasado. Sin embargo, diría que, en nuestras circunstancias actuales, existen otras alternativas a considerar además de exhibir estos monumentos en un espacio cerrado y regulado. Quizás algunos monumentos deberían dejarse intactos, mostrando los signos acumulativos de vandalismo y reapropiación, quizás otros podrían dialogar con nuevos monumentos que replanteen sus valores y, quizás, algunos merecen quedarse bajo el agua. **ARQ**

activists and protesters. One of the only exceptions is the Columbus statue in San Francisco, which the city removed preemptively as a form of preservation. While protesters’ actions might seem violent, they are a response to decades of veiled and overt racism and indifference combined to perpetuate the monumental *status quo*. In other words, without protests, much of the Robert E. Lee, Leopold II, and Columbus statues of the world would remain intact, protected by a veil of selective invisibility.

In response to our present-day statuophobia most monument supporters claim that removing monuments is an erasure of history. This widely echoed argument not only conflates history with its representation, but also assumes that all monuments were erected with the purpose of preserving the memory of a deed, event, or figure of the past. Both assumptions are false. While monuments might tell stories, they are not stone and bronze versions of peer-reviewed history books. On the contrary, monuments are the result of selection and erasure processes, strongly aimed at maintaining dominant narratives. Every statue is the product of a specific cultural and political milieu that decided to elevate a certain version of the past over multiple others. The proliferation of Confederate monuments erected after the end of the American Civil War to spread the false narrative of the ‘Lost Cause’ illustrates this point. These Confederate statues are not historical monuments, but purposefully ahistorical representations of the past. History at large is not in danger, what has been threatened by the recent removal of monuments is a certain version of the past, one that justified colonialism, genocide, slavery and injustice in the name of ‘progress and enlightenment.’

As cities across the world grapple with the monument debris of the ongoing protests against racism and police brutality, I would like to conclude with one photograph (FIG. 1). The photograph of the bronze of Edward Colston being tossed into the Avon river, which was located later in the middle of Bristol harbor by the witty Google Maps algorithm. Colston, like most of his kind, was rescued from the bottom of the river and stored in an undisclosed location. Museums have been our preferred place for defunct objects of the past. However, I would argue that under our current circumstances there are other alternatives to consider besides exhibiting these monuments in an enclosed and regulated space. Perhaps some monuments should be left untouched – showing the accumulative signs of vandalism and re-appropriation, perhaps others could be put in dialogue with new monuments that reframe their values, and perhaps some statues deserve to stay underwater. **ARQ**

Valentina Rozas-Krause

<vrozas@umich.edu>

Arquitecta y magíster en Urbanismo, Pontificia Universidad Católica de Chile. PhD en Arquitectura por la Universidad de California, Berkeley. Actualmente trabaja en su próximo libro *Memorials and the Cult of Apology* como becaria postdoctoral en la Universidad de Michigan.

Architect and Master in Urban Planning, Pontificia Universidad Católica de Chile. PhD in Architecture, University of California, Berkeley. She is currently working on her next book *Memorials and the Cult of Apology* as a postdoctoral Collegiate Fellow at the University of Michigan.